

lagros; pero ¡qué milagros, y en qué número! No son tan sólo curaciones súbitas de enfermos de todo género de enfermedades, sino también resurrecciones de muertos y expulsión de demonios de los cuerpos de los hombres; mas todos estos prodigios se ejecutan en tan pasmosa multitud, que la lengua humana se confiesa incapaz de referirlos, y la pluma del historiador no alcanza á calcular su número. He aquí, mis amados oyentes, lo que en aquel entonces se necesitaba para ser elevado un hombre á la alta dignidad de pastor del rebaño de Cristo, para regir y gobernar con carácter impreso por el Espíritu Santo, la Iglesia de Dios<sup>1</sup>. Aun más que la ciencia, infundida por el divino Espíritu antes que aprendida en ninguna escuela, era necesario en aquel siglo de persecución y lucha con el mundo, poseer la doble aureola de la santidad y de los milagros. Era preciso ser santo y taumaturgo. Preparado así el nuestro, admiremos su elección.

8. Ésta fué una de aquellas en que resplandeció maravillosamente la providencia del Señor. No fueron los hombres quienes eligieron á Victorino para pastor de la iglesia de Amiterno; fué Dios quien le puso en la mano el cayado pastoral, diciéndole como á Pedro: «Apacienta mis corderos.»<sup>2</sup> Como acaeció al grande Ambrosio, todavía catecúmeno y juez de la ciudad de Milán, como al taumaturgo Nicolás, peregrino en la ciudad de Mira, como á otros célebres prelados, en diferentes ocasiones, la aclamación de todo el pueblo cristiano, movido de superior impulso, obligó al humilde Victorino á someter la cerviz al pesado cargo episcopal, no atreviéndose á resistir á la divina disposición. ¡Cuán

<sup>1</sup> Act. 20, 28.<sup>2</sup> Io. 21, 15.

distante estaba de aspirar á tan alta dignidad aquel que ni aun alistado se hallaba en las filas del clero! Fué preciso ordenarse de presbítero para subir por grados á la plenitud del sacerdocio. Y dicho se está que el Espíritu Santo, que le había colocado á la cabeza del rebaño de Cristo por tan maravillosa manera, infundióle junto con la dignidad y el poder de gobernar la Iglesia<sup>1</sup>, las virtudes apostólicas necesarias para desempeñar santísimamente el encargo recibido.

9. Desgraciadamente son pocos los detalles que conocemos de su santa vida durante su pontificado; nos basta, empero, saber que fué en su gobierno, aun más que antes lo fuera, modelo de su grey y á todos ejemplar de vida santa y milagrosa. Fué, pues, lo que el Apóstol San Pablo quería que fuese su querido discípulo Tito, obispo de Creta: espejo del bien obrar en todas sus acciones, maestro de la doctrina de Jesucristo, varón íntegro y lleno de gravedad religiosa<sup>2</sup>. Su palabra era sana é irreprochable; y siendo tal, Victorino debía de ser varón perfecto, según el sentir del Apóstol Santiago<sup>3</sup>. Su virtud acrisolada infundía respeto á sus mismos adversarios, que no eran otros que los del cristianismo. Difundía á manera de lucidísima antorcha los rayos de la verdad cristiana entre los ciegos idólatras y adoradores de los falsos dioses, que por todas partes le rodeaban; y, corroborada con estupendos y numerosos milagros su predicación, ganó innumerables prosélitos para la Iglesia de Cristo. Ved ahí los nuevos y magníficos triunfos que alcanzó Victorino durante su glorioso pontificado. Vedle, finalmente, coronado con el laurel de la suprema victoria en el martirio.

<sup>1</sup> Act. 20, 28.<sup>2</sup> Tit. 2, 7.<sup>3</sup> Iac. 3, 2.

## III.

10. Vencedor de la carne por la aspereza de la penitencia, y del mundo por la eminencia de la santidad, Victorino saldrá finalmente victorioso de las furias del infierno, conjuradas con la ferocidad de los tiranos para derrocar su fortaleza. En efecto, amados fieles, el demonio, cuyos templos iban cayendo al empuje de la predicación apostólica, revolvíase irritado como venenosa serpiente contra la vida de aquellos héroes de quienes recibía tan crueles heridas. Era, pues, el demonio el que atizaba la persecución contra los discípulos de Cristo, y con mayor encarnizamiento trataba de acabar con los ministros del evangelio, predicadores y obispos. ¿No había sido Satanás el atizador del odio de los judíos contra el Salvador? ¿No entró el demonio en el alma del pérfido Judas?<sup>1</sup> ¿No movía él mismo á los que iban á prenderle en el Huerto, á quienes decía Jesús: *Ésta es vuestra hora y del poder de las tinieblas*?<sup>2</sup> Llegó, pues, la hora destinada para el sacrificio del ilustre Confesor de Cristo, Victorino; y entonces fué cuando el cruel Nerva, emperador romano, noticioso de la santidad del obispo de Amiterno, dió orden al juez Aureliano para que lo sujetase al tormento y lo hiciese morir ó renegar de la fe. El juez inicuo no tardó en dar cumplimiento á la orden del tirano, y lo condenó á destierro y prisión en compañía de otros dos ilustres mártires, á la Vía Salaria, distante setenta millas de la imperial ciudad. Esto no fué más que el principio de su largo y terrible martirio. Hay un lugar cerca de Roma, llamado Contigliano, donde manan aguas hirvientes, sulfurosas, de intolerable fetidez: sobre estos manantiales

<sup>1</sup> Io. 13, 27.<sup>2</sup> Luc. 22, 53.

fué colgado el venerable confesor de Cristo, de manera que la cabeza entrase en el agua, y él fuese atormentado absorbiendo los pestilenciales vapores. El Santo, para cuya grandeza de alma eran pequeños aquellos tormentos, permaneció tres días enteros sufriendolos por el amor de Jesucristo, hasta que, desprendida del cuerpo, voló el alma á ceñir la corona inmortal debida á su constancia. El cuerpo fué objeto de la veneración religiosa de los cristianos, y descansa en honorífica sepultura.

11. No sabemos aquí qué admirar más, diremos con el Padre San Agustín, si la endurecida crueldad del verdugo ó la invicta paciencia del mártir<sup>1</sup>; detestable crueldad, é inimitable paciencia. Aquella tuvo ya su merecido castigo en sólo el horror con que la detestaron todas las almas honradas, y más terrible todavía, en las penas eternas del infierno; ésta logra ya su recompensa no sólo en el cielo sino también en la tierra, donde queda su bendita memoria para gloria eterna del mártir y ejemplo de todos los hombres de fe. Sí, hermanos míos, la fe cristiana es la que supo obtener tan magníficos triunfos en medio de tan horrosos suplicios. ¿Quién sino ella pudo infundir á nuestro Santo tanta fortaleza, tanto desprecio del dolor y de la muerte? Oíd cómo discurre el elocuente obispo San Ambrosio<sup>2</sup>: *«Los poderosos del mundo me persiguieron gratuitamente; y yo, Señor, sentí que me temblaba el corazón al oír tus palabras*»<sup>3</sup>. Esto que decía el Profeta David, bien puede decirlo el mártir, injustamente perseguido por los enemigos de Jesucristo. ¿Qué persecución más

<sup>1</sup> Serm. 44 de Sanctis, apud Breviar.<sup>2</sup> Serm. 21, ibid.<sup>3</sup> Ps. 118, 161.

gratuita que la de aquellos que, siendo espejo de todas las virtudes, fueron condenados á padecer suplicios dignos de ladrones y asesinos? Pero ¿qué significa ese temblor y estremecimiento del corazón del magnánimo confesor de la fe? ¿no es ésta señal de debilidad y cobardía, indigna del héroe cristiano? ¡Ah, cristianos! no es temor de los tormentos, es temor santo de Dios, es el respeto que inspiran sus palabras al creyente: *A verbis tuis formidabit cor meum*. Y este temor saludable, inspirado por la fe, es precisamente la causa de su valor no quebrantado por todos los instrumentos del martirio. Teme el mártir no sucumba su flaqueza al rigor de la prueba, como sucumbieron otros muchos, porque no es de bronce la carne de los santos<sup>1</sup>; pero al mismo tiempo confía en Dios que le esforzará en el rudo combate, y anhela ardientemente por los bienes eternos, que tanto teme se le escapen de las manos.»

12. He aquí lo que debiéramos temer nosotros, amados hermanos, que andamos expuestos á mil riesgos de perder la bienaventuranza de la gloria. *Dichoso el hombre que teme al Señor*, dice el Profeta<sup>2</sup>; y ¿por qué dichoso? *Porque*, responde el mismo, *se esmera en guardar los mandamientos*<sup>3</sup>, y por este camino asegura el de su eterna salvación. ¡La salvación! he ahí la final victoria que coronará nuestra fe, si, como Victorino, sabemos vencer con ella al mundo, al demonio y á la carne. Así sea.

<sup>1</sup> Iob 6, 12.

<sup>2</sup> Ps. III, 1.

<sup>3</sup> Ibid.

